

# Réquiem para Gadamer

**María Antonia González Valerio**

*Mi influencia en el mundo es mínima. En todos los círculos se me considera como alguien que ha señalado un camino. ¿Será aceptado? No parece ser así. En el siglo que viene, se me tratará simplemente como una figura del pensamiento del pasado. Lo tengo claro. ¿Y ahora? Soy un anacronismo viviente, pues, en realidad, no pertenezco ya a la actualidad, pero todavía estoy aquí.*

Hans-Georg Gadamer

**G**adamer ha muerto. Murió el 13 de marzo de 2002 en Heidelberg. Llega ahora el momento de recordarlo, de traerlo a la memoria y de hacerlo presente al lado de Mnemosyne, una de sus más queridas musas.

Recordar se traduce en este caso en la invocación de un nombre y al invocarlo pretendo abarcarlo todo, decirlo todo por entero, decirlo sí, pero impregnado de un tono de lamento. Decirlo todo, sin embargo, se revela como una empresa que clama antes que nada la escisión entre el hombre Gadamer y la obra que lleva a su lado el mismo nombre. La invocación, entonces, a fuerza de estar escindida se hace doble, se duplica.

De esta duplicación emerge primero el hombre, Hans-Georg Gadamer nacido el 11 de febrero de 1900 en Marburgo. Con la aurora del nuevo siglo nacía Gadamer mientras Nietzsche, adormecido, entregaba a la muerte sus últimos cantos.

Al nuevo siglo, Gadamer habría de vivirlo por entero, siendo su incesante testigo, más que su testigo su intérprete inacallado y multívoco; su mirada diversificada desde el principio penetró al siglo en sus aconteceres, en sus saberes, en sus artes y en sus historias. Interpretando siempre, desde esta muy concreta praxis, vivió Gadamer su vida y fraguó su obra toda. Se anuncia ya el nombre que emerge indefectiblemente al invocar al hombre Gadamer, como si la disociación propuesta fuese tan sólo un artificio. Ciertamente, Gadamer no puede pensarse sin el nombre que le acompaña siempre, hermenéutica, porque ésta, la hermenéutica, no disocia a la vida de la obra, ni al saber de la historia.

Así, Gadamer como nombre que designa un pensamiento queda circunscrito por aquello que designa, la hermenéutica. Y si queda circunscrito es porque al fundarla, este pensamiento intitulado Gadamer quedó absorbido por ella: la hermenéutica en ejecución (como se intitula el tomo IX de sus *Obras completas*).

La hermenéutica en ejecución es quizás la tesis que más evidencia la grandeza de la hermenéutica y el virtuosismo filosófico de Gadamer, ejecutado, principalmente en aquella obra que habría de convertirse en un texto imprescindible para la segunda mitad del siglo XX: *Verdad y método*.

*Verdad y método*, publicada en 1960, es considerada como la obra que funda la hermenéutica filosófica contemporánea. Fundar la hermenéutica con su *opus magnum* fue la gran hazaña de Gadamer, también su gran herencia, su inconmensurable herencia.

Sin temor a exagerar, es posible decir que la segunda mitad del siglo XX le pertenece a Gadamer por lo menos en lo que toca a la filosofía continental, puesto que ésta ha experimentado un “giro hermenéutico”, hasta devenir, la hermenéutica, la nueva *koíné* de la filosofía.

Tratar de decir en estas breves líneas qué es la hermenéutica es una empresa que linda en lo imposible. Por ello, en vez de ensayar una definición, me bastará con delinearla, acaso con sugerirla. En el mismo modo en que al nombre de Gadamer está unido el nombre “hermenéutica”, a ésta está unido el nombre “diálogo”. La hermenéutica gadameriana es esencialmente dialógica, al igual que el hombre Gadamer. Gadamer, como hombre, dialogó siempre y mucho con sus contemporáneos encontrando acuerdos y sin encontrarlos. Dialogó incluso con quien no se prestaba a ello (Derrida), con algunos de sus más mordaces críticos (Habermas), con quienes defienden otros proyectos hermenéuticos (Ricoeur). La conversación, dicen los que le conocieron, era lo que mejor hacía y se prestaba frecuentemente a ello concediendo infinidad de entrevistas.

En su obra dialogó profundamente con la historia de la filosofía. Sus interlocutores preferidos, o sus tres grandes haches como en algún lugar se refiere a ellos, fueron Hegel, Husserl y Heidegger, a quienes dedicó buena parte de su obra. Y al decir Heidegger nos encontramos ahora con otro de los nombres que se asocian inevitablemente al nombre Gadamer, inevitablemente quiere decir en este caso también excesivamente.

El hombre Gadamer desarrolló su obra bajo la mirada escrutadora y descalificadora de Heidegger. Gadamer relata que escribir le era una tarea difícil porque sentía que Heidegger lo miraba por encima del hombro. Sin embargo, Gadamer habría de apegarse a su maestro, habría de escucharle y seguirle en la vida y en la obra. La obra de Gadamer surgiría colmada toda ella de pensamiento heideggeriano. Heidegger en Gadamer como surgimiento, como ori-

gen, pero definitivamente no como punto de llegada. Los caminos se entrecruzan; la distancia, no obstante, es innegable.

Gadamer habría de proseguir por su cuenta su hermenéutico camino, estableciendo una diferencia fundamental con Heidegger, en palabras de Gadamer: la mirada sobre Grecia, concretamente sobre Platón. La enconada crítica heideggeriana no encuentra eco en el pensamiento de Gadamer.

Sin encono, ni nietzscheano ni heideggeriano, así es como procede el hermenéutico diálogo gadameriano que se ejecuta al escribir *Verdad y método*, donde Gadamer funda una racionalidad comprensiva y crítica (los términos no están contrapuestos), una racionalidad que pretende escuchar al otro sin descalificar ni anular, mas eso no implica la ausencia de confrontación con la tradición filosófica. Sólo que la confrontación en Gadamer es también integración, confronta para integrar ciertas partes, ciertas perspectivas de la historia de la filosofía. Integra porque reconoce hermenéuticamente que la historia de la filosofía no es homogénea, que para cada Kant o Hegel subjetivista, existe también un Kant o un Hegel no subjetivista, y así sucesivamente. Ésa es quizás una de las grandes virtudes de la hermenéutica gadameriana, ser una racionalidad que no se sabe sola, que se reconoce en la historia y en su diálogo con esa historia. Sabe, pues, que sólo puede surgir del diálogo y como diálogo, sin pretender salir triunfadora en el juego, el alma de la hermenéutica, ha dicho Gadamer, consiste en reconocer la posibilidad de que el otro tenga razón.

La hermenéutica emerge, entonces, como proceder filosófico (que reconoce siempre sus procedencias), como método, no en el sentido de metodología sino de camino, que al dialogar interpretando y comprendiendo descubre la verdad: verdad y método, porque no hay ningún método que agote la verdad. Así, de lo que trata la hermenéutica, en última instancia, es de la plurivocidad.

Pluralidad que se refleja al interior de la propia hermenéutica, tan ecléctica, pero también en su devenir en hermenéuticas, porque no cierra caminos ni posibilidades, sino que los abre. Apertura que se transforma en herencia; por un lado, atraviesa casi todos los discursos filosóficos contemporáneos, por otro, se incorpora a otras áreas del saber transformándose y transformándolas (por ejemplo, a la teoría literaria, a la historia, a la teoría del derecho, a la teología, a la sociología, a la ciencia política, etcétera). Ésa es la herencia gadameriana.

Y al hablar de herencia regreso ahora al recuerdo de quien ha partido. El eco del nombre Gadamer resuena desde la distancia, resuena en tantas palabras, en tantos nombres, en tantos discursos. ¿Cómo recordar con un tono de lamento y de ausencia a quien no ha partido?